



6. MILLAS Y ORTEGA. DE LA DECISIÓN VOCACIONAL Y DE LA ELECCIÓN Y AFIANZAMIENTO DE UN MODELO DE FILOSOFÍA

Francisco José Martín¹

LA VOCACIÓN Y EL DESTINO

La presencia de Ortega y Gasset en la obra de Jorge Millas se detecta muy tempranamente en su obra. En efecto, uno de sus primeros artículos tiene al respecto un título inequívoco: *Carta a José Ortega y Gasset*. Se publicó en la revista *Atenea*, de Concepción, en el número correspondiente al mes de septiembre de 1937. Después volveremos sobre esa fecha, sobre esos años, que son los de la Guerra civil española y los de sus efectos –en general poco estudiados– sobre la conciencia intelectual en América latina. Anotemos ahora la edad de Millas: veinte años. Es decir, con veinte años el joven Millas escribe un artículo en el que busca un diálogo con quien consideraba ya una suerte de maestro y mentor: “Hago de usted –dice Millas– el sendero hacia el país de mi ser esencial”². Ortega es, pues, para el joven Millas, un maestro, una guía, un camino. No un camino cerrado, desde luego, sino siempre abierto, en cuyo tránsito el joven que era entonces Millas iba a tomar posesión de sí e iba a convertir –en precisa terminología orteguiana– su vocación en destino.

También hay al respecto, en su primer libro, *Idea de la individualidad*, de 1943, una nota muy significativa. Es la nota número 3 del cuarto capítulo, y dice así: “Ortega y Gasset, a quien mucho debo en el despertar de mi vocación filosófica,

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid y doctor en Filología por la Universidad de Pisa. Profesor titular en la Universidad de Turín. francisco.martin@unito.it

² Millas, J. “Carta a José Ortega y Gasset”, edición de Francisco José Martín, en *Revista de Estudios Orteguianos*, n. 36, 2018, p. 171. La referencia bibliográfica original es la siguiente: *Atenea. Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes*, año XIV, tomo XXXVIII, n.

dice en alguna parte que la vida es siempre un tener que hacerse el vivir de cada cual a sí mismo, un programa, una tarea”³. Conviene llamar la atención sobre lo que en esa nota se declara: Ortega y Gasset estaría en el despertar de la vocación filosófica de Millas. Después habrá que dilucidar en qué modo está Ortega en el despertar vocacional del joven Millas, pero ahora interesa fijar bien ese dato proporcionado por el propio Millas en forma de íntima confesión escondida en una nota a pie de página: Ortega está presente en Millas ya antes de ser el filósofo que iba a ser, es decir, es una presencia –en sentido steineriano⁴– que no se refiere sólo a las ideas del filósofo madrileño, a su filosofía, ese raciovitalismo que iba a hacer de él uno de los filósofos europeos más prominentes del período de entreguerras del siglo pasado, sino que, antes bien, se refiere a algo que es anterior y que tiene que ver precisamente con la decisión vocacional del joven Millas de hacerse filósofo, de dedicar su vida al cultivo del noble ejercicio de la filosofía.

El joven universitario que era Millas, además de Filosofía, también estudiaba Leyes, y hay que señalar que sus dos primeros libros, en ese país de poetas que es Chile, son libros de poesía: *Homenaje poético al pueblo español* y *Los trabajos y los días*, de 1937 y 1939 respectivamente⁵. Hay que imaginarse, pues, al joven Millas debatiéndose entre la poesía, el derecho y la filosofía respecto del camino a seguir en su vida. Imaginar un íntimo y juvenil debate, tal vez incluso un conflicto sólo resuelto como compromiso personal de madurez consigo mismo. Ganó la

147, septiembre 1937, pp. 561-573. El texto de la *Carta* iba precedido de un subtítulo entre paréntesis, a modo de indicación de los temas-problemas desarrollados por Millas: “(Humanización del hombre. Pregunta sobre América. Cultura mundial)”. Y se cerraba con otro paréntesis en el que Millas precisaba la pertenencia de la *Carta* a un futuro libro que finalmente no llegaría a publicar: “(Del libro en preparación *Cuatro temas de América*)”.

³ Millas, J. *Idea de la individualidad*, prólogo de Carla Cordua, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009, p. 130.

⁴ Steiner, G. *Presencias reales*, Madrid, Siruela, 2017.

⁵ La bibliografía más pulcra y completa de los escritos de Millas es la elaborada por S. Urrutia Ahumada, “Jorge Millas Jiménez (1917-1982). Estudio bio-bibliográfico”, en *Mapocho*, n. 63, 2008, pp. 357-384.

filosofía, aunque en verdad hay que decir que las otras dos vías que se perfilaban como posibilidades de su existencia, la poesía y el derecho, iban a quedar acogidas –e integradas– dentro del particular modo de Millas de llevar a cabo el ejercicio filosófico. Ganó la filosofía, sí, y ahí, en ese punto o centro vocacional, es donde Millas dice que Ortega jugó un papel de principal importancia. Es decir: en su vida. En su vida antes que en su pensamiento. Importante en su vida, en la toma de decisión de querer ser filósofo, en la elección del modo y forma de ser filósofo y del modo y forma de hacer filosofía. Algo, pues, como queda dicho, anterior al estricto dominio del pensamiento y de las ideas.

La vocación, para Ortega, era algo así como la necesidad de dar cumplimiento al propio destino⁶: ser lo que se es, llegar a ser lo que en el fondo se es, según reza la máxima pindárica. Y es –en la economía de su pensamiento– exigencia insoslayable para poder alcanzar esa autenticidad personal que convoca la verdadera y más auténtica humanidad del hombre (recuérdese que la del hombre-masa es una vida falsa para Ortega). En el vocabulario de Millas, esa autenticidad de la persona iba a nombrarse como individualidad. Cabe decir que Millas fue un auténtico filósofo –al modo orteguiano– porque en ningún momento se sustrajo de su destino, de la responsabilidad que su destino de filósofo chileno le imponía, de la responsabilidad intelectual que como filósofo se le iba imponiendo en el sucederse de los años y de los cambios de estaciones y circunstancias de la convulsa vida social y política chilenas. La primera huella de Ortega en Millas tiene, pues, que ver con esto: con la vocación filosófica y con la forma de ser filósofo. En el tipo de filósofo que es Millas, que Millas desarrolla a lo largo de su vida y en circunstancias cambiantes, se percibe ya una imperecedera huella orteguiana. También hay en Millas, como veremos, una huella orteguiana que tiene que ver con los contenidos del pensamiento y con las ideas del filósofo madrileño, con su aceptación o con su discusión y a veces rechazo de las mismas, pero aquí –ahora–

⁶ Martín, F. J. “Vocación y destino del hombre creador”, en: *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista* (pp. 239-255), Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

estamos aún en un plano anterior a todo eso, un plano en el que el joven Millas se juega la vida: qué ser y cómo serlo.

Mirando la trayectoria filosófica de Millas se advierte una profunda fidelidad al modelo orteguiano de ser filósofo y de hacer filosofía. O sea, que no sólo fue importante Ortega en el despertar vocacional de Millas, sino que, además, Millas, en su quehacer filosófico plasmó siempre una fiel correspondencia al modelo orteguiano. Ortega fue, sin duda, fuente de inspiración en la particular forma de ser filósofo y de hacer filosofía que fue desarrollando Millas a lo largo de su vida. ¿En qué consiste el modo de ser filósofo de Ortega? O mejor: ¿qué es lo que Millas, desde su despertar vocacional, acoge de Ortega con anterioridad a las ideas y con independencia de ellas? A los contenidos del pensamiento llegaremos, desde luego, pero aún estamos en el terreno de la mera forma. De la forma de la filosofía y de la forma de ser filósofo.

Al particular modo de ser filósofo y de concebir la filosofía de Ortega se lo ha llamado, con razón, “humanismo de las formas”⁷. En breve, y por lo que hace al caso de Millas, vale la pena concentrarse en tres aspectos. El primero se refiere a la circunstancialidad del pensamiento orteguiano, es decir, a ser un pensamiento estrechamente vinculado a la circunstancia en la que nace y a la que responde (o lo intenta). Ortega no piensa *urbi et orbi*, sino que siempre lo hace perfectamente situado en su propia circunstancia. Más de una vez se definió “filósofo de plazuela”, en efecto, pues para él la actividad filosófica propiamente dicha no terminaba con su trabajo en la cátedra universitaria, sino que comprendía una muy variada acción plural que lo colocaba en el centro de la cultura madrileña de su tiempo. Desde Madrid hablaba al resto de España, y luego a Europa y también a América, claro está. Ortega, además de la cátedra, se prodigaba en el artículo de periódico, cotidianamente, como cotidianamente asistía a dictar o escuchar conferencias, o a las tertulias en las que participaba sin regatear tiempo ni energías. Se dice de Ortega que fue escritor, periodista, editor, conferencista, político, intelectual, filósofo, etc.

⁷ Martín, F. J. “Filosofía y literatura en Ortega (Guía de perplejos de filosofía española)”. En: J. Zamora Bonilla (ed.), *Guía de Ortega y Gasset*, Granada, Comares, 2013, pp. 171-188.

Pero no es cierto: Ortega fue un filósofo para quien la filosofía no podía quedar encerrada en las aulas universitarias, sino que tenía que llegar a la calle y servir para el mejoramiento de la vida ciudadana. No es que fuera filósofo y además otras cosas, periodista o editor o conferencista o líder político, sino que su manera de ser filósofo y de concebir la filosofía le llevaba a hacer también todo lo demás, pero no de manera separada, sino como modos distintos de corresponder a una misma cosa: la filosofía.

Pues bien, también en Millas hay mucho de eso, sin que sea lo mismo, claro está, pero dando cada uno su personal impulso a un modelo ejemplar de ser filósofo en/del propio tiempo. La tarea del filósofo, del auténtico filósofo, es la de pensar el propio tiempo. Y esto es algo que Millas nunca dejó de hacer: véanse, por ejemplo, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*, *De la tarea intelectual e Idea y defensa de la Universidad* (libros todos ellos que ya desde sus mismos títulos encuentran claros antecedentes orteguianos: *La rebelión de las masas*, *Misión de la Universidad*, etc.). Esa correspondencia del filósofo y de la filosofía al propio tiempo es condición de autenticidad. De autenticidad filosófica. Ni Ortega ni Millas denunciaron nunca la impostura de muchos de sus contemporáneos filósofos en su ocupación, por ejemplo, del ser en cuanto ser o de otras lindezas semejantes. Ahora bien, la forma de su filosofar era una denuncia clara de todas esas filosofías que se han construido a lo largo de la historia en la comodidad de una biblioteca bien caldeada a la que el ruido de la vida llegaba –si llegaba– muy amortiguado. La filosofía es *para* la vida o no es filosofía, decía Ortega. Y tanto él como Millas pensaron siempre desde el nexo de una responsabilidad intelectual que une de manera inseparable al filósofo y a la ciudad.

El segundo aspecto es el de la lengua. La claridad, decía Ortega, es la cortesía del filósofo. En pocos filósofos se advierte ese esfuerzo denodado por alcanzar la claridad de la expresión lingüística del pensamiento. A veces se decía de Ortega que era un gran escritor, pero lo que quería decirse era que, de consecuencia, no podía ser un buen filósofo. Como si ser escritor y ser filósofo fueran dos cosas distintas e incompatibles. Es ésta una línea muy afianzada en el dominio hegemónico de la modernidad: recuérdese en propósito, por ejemplo, la condena

cartesiana de la retórica. La lengua de Ortega es, en su conformación modernista, eminentemente literaria, pero eso, lejos de disminuir su potencia filosófica, al contrario, la acrecienta. Esa *filosofía con estilo* que Ortega implanta en nuestra lengua a principios del siglo XX es perfectamente reconocible en la escritura de Millas. No el mismo estilo, claro está, pero sí la misma voluntad de hacer una filosofía enraizada en los resortes de la lengua. Acaso sea esto a lo que Carla Cordua se refiere cuando dice que Millas "esquivó la especialización excluyente característica de la inteligencia moderna"⁸. En ambos –Millas y Ortega– hay una misma voluntad de hacer del español una lengua plenamente filosófica, algo a lo que no siempre se le da la importancia que merece, pero que está muy relacionado con el punto anteriormente tratado relativo a la circunstancialidad del pensamiento. El filósofo auténticamente situado es el que piensa y escribe con perfecta consciencia lingüística, es decir, el que está situado en su propia lengua y piensa desde ella⁹.

Finalmente, para cerrar este apartado relativo a la forma del filosofar orteguiano y del ser filósofo de Ortega cuya huella recibe Millas y acoge como modelo duradero de su quehacer filosófico, hay que referirse a su comprensión de la filosofía como forma de vida. Ser filósofo no es una profesión, sino una forma de vida. Hay siempre, desde luego, quien ejerce la filosofía como una mera profesión: nuestras universidades están llenas de profesores y de investigadores que actúan de ese modo. Pero ni para Ortega ni para Millas esto era posible. Ser filósofo exige de la persona que lo es una extrema coherencia entre el pensamiento y la conducta. No se piensa para dejar el pensamiento aparcado dentro de un libro y éste, a su vez, cerrado y bien colocado en el anaquel de alguna biblioteca. La mayor impostura del filósofo es pensar por pensar, sin más, sin buscarle a ese pensamiento consecuencias concretas en el plano de la acción. Para Ortega, la filosofía tiene que ser filosofía práctica, razón por la cual el pensamiento debe reclamar su puesta en

⁸ Cordua, C. "Prólogo". En: Millas, *Idea de la individualidad*, p. 13.

⁹ Martín, F. J. "Conciencia lingüística y voluntad de estilo en Ortega", *Revista de Filosofía*, n. 23, 1998, pp. 55-77. Y, F. J. Martín, "Pensar desde la lengua (A propósito del paradigma de la «tradición velada»)", *Revista de Occidente*, n. 394, marzo 2014, pp. 5-19.

práctica, su necesaria llegada hasta la vida. Se ha criticado mucho el anti-utopismo de Ortega, pero lo cierto es que, a decir verdad, para su mejor y más auténtica comprensión habría que colocarlo precisamente en este plano de lo formal de su pensamiento: a Ortega no le interesan las descripciones utópicas de la sociedad, descripciones a las que en su opinión faltaba lo esencial, es decir, el puente que las conectaba con el presente, el camino seguro capaz de permitir al presente el tránsito hacia ese futuro descrito como perfecto. A Ortega le interesa el reino de este mundo, según reza el título de una famosa novela de Alejo Carpentier, y por eso busca la reforma posible e insiste siempre no tanto en lo que habría que hacer sino en lo que es posible hacer (en un momento y circunstancia concretos). Pues bien, cuando Millas habla del “espíritu concreto” se refiere con precisión a esto mismo, y en ello hay también –creo– una indudable huella orteguiana. Es cierto que Millas defendió con denuedo la profesionalización del ejercicio de la filosofía, pero este aspecto fuerte de su obra hay que verlo en el contexto del debate nacional sobre la Reforma universitaria¹⁰. La profesionalización que reclamaba Millas es la misma que Ortega, cincuenta años atrás, llamaba “competencia”. Pero en ambos se trata de una competencia profesional puesta al servicio de los problemas reales del hombre contemporáneo, a los que ambos accedían desde su particular circunstancia, desde el realismo del espíritu concreto que siempre los acompañó a la hora de configurar sus respectivas acciones filosóficas.

Estos tres elementos recién tratados (la circunstancialidad del pensamiento, la conciencia lingüística y la comprensión de la filosofía como forma de vida) pretenden dar cuenta de eso que a estas alturas bien podríamos llamar como la huella orteguiana en la vocación y en el destino filosóficos de Jorge Millas. Algo, pues, como queda dicho, meramente formal, que no entra –aún– en el plano de los contenidos del pensamiento.

¹⁰ Sánchez, C. *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Santiago, Ediciones LOM, 1992.

EL AFIANZAMIENTO DEL MODELO ORTEGUIANO: CONTACTOS DE MILLAS CON EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Es obvio, pues, por todo lo dicho hasta ahora, que hay en el joven Millas una lectura de Ortega que es previa a su decisión vocacional en favor de la filosofía. Una lectura intensa y de seguro muy meditada. Ortega era, sin duda, una figura muy conocida dentro del panorama filosófico y cultural europeos de los años 20 y 30 del siglo pasado (su figura declina y periclita, como la de tantos otros protagonistas del período de entreguerras, sólo en el nuevo escenario intelectual abierto tras la II Guerra mundial). Son éstos los años de formación del joven Millas, un joven tímido y tal vez un tanto retraído, según repiten conocidos y biógrafos, pero de una inteligencia despierta y aguda que iba a encontrar en el prestigioso Instituto Nacional Barros Arana el ambiente espiritual idóneo al desarrollo de su personalidad. La biblioteca y los profesores del Inba, sin duda una de las principales instituciones educativas del Chile de aquella época, así como las amistades forjadas en aquellos años iban a resultar decisivas en su vida, que es como decir, también, en su obra y en su pensamiento¹¹.

En 1916 Ortega viajó por vez primera a Argentina. Fueron seis meses de intensa actividad, dictando conferencias y entrevistándose con las figuras más prominentes de la filosofía y del campo cultural argentinos. El viaje fue todo un éxito de público y de irradiación de sus ideas por el continente americano, en el espacio de la lengua común¹². Algo tuvo que llegar de aquel viaje a Chile, sin duda, algo así como un eco lejano, o quizá no tan lejano. En su segundo viaje a Argentina, en 1928, si cabe aún más importante que el primero, de mayor eco y mayores

¹¹ Hurtado, M. E. *Jorge Millas: la alegría del pensar. Una biografía*, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2018, pp. 29 y sigs.

¹² Medin, T. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1994. Sobre la recepción y el impacto de los viajes de Ortega a Argentina resultan imprescindibles los trabajos de: Campomar, M. *Ortega y Gasset en «La Nación»*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2003. Y, Campomar, M. *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

consecuencias¹³, Ortega también visitó Chile. Fue un viaje breve, pero suficiente para que la prensa de la época aireara su figura y sus ideas en el contexto chileno. El 27 de noviembre de 1928 Ortega fue nombrado miembro honorario de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y el 4 de diciembre pronunció su famoso discurso en el Parlamento chileno. Suficiente para que Ortega ocupara la primera plana de la vida cultural chilena y dejara su rastro en los años sucesivos. Años que son precisamente, como queda dicho, los años de formación del joven Millas. Conviene resaltar este aspecto con el fin de entender cabalmente que el joven Millas no lleva a cabo una lectura privada de Ortega, sino que se encuentra con Ortega dentro del contexto de la cultura chilena de la época, dentro de ese clima de admiración hacia la figura y el pensamiento de Ortega que caracterizaba aquellos años. Ortega era, en efecto, la imagen viva del renovador de la filosofía, y para las élites culturales chilenas y argentinas representaba lo más granado de la filosofía europea de la época. En ese contexto y en ese clima espiritual advino la decisión o el descubrimiento de Millas de su vocación filosófica.

De aquellos años de formación generacional da cuenta de manera impecable Luis Oyarzún en un memorable artículo publicado en 1958 en la revista *Atenea* y después incluido en su libro *Temas de la cultura chilena*: “predominaba [en nosotros] la pasión incoercible, la pasión de escribir, de leer y de vivir, por lo menos con la imaginación, a la altura de los grandes temas. Desde las páginas de la *Revista de Occidente* y de los ensayos de Ortega y Gasset, todo parecía renovarse en el mundo y, al mismo tiempo, todas las nuevas plantas parecían echar raíces. ¡Qué época! Ortega nos hizo conscientes de su singularidad”¹⁴. Oyarzún traza el retrato de su generación y habla con emocionada devoción de aquellos años de amistosa y casi fraternal asociación dentro del Instituto Nacional Barros Arana. Habla de un grupo pionero que supo cobrarse el protagonismo intelectual en el Instituto de aquellos años. Eran Jorge Millas, Nicanor Parra, Carlos Pedraza, Hermann Niemeyer

¹³ Molinuevo, J. L. “Ortega y Argentina: la modernidad alternativa”. En: *Ortega y la Argentina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 95-108.

¹⁴ Oyarzún, L. “Crónica de una generación”. En *Temas de la cultura chilena*, Valdivia, Chile, 2016, p. 129.

y el propio Luis Oyarzún. Eran, en el decir de sus compañeros, el *quinteto de la muerte*. Del Millas de aquel tiempo recuerda Oyarzún su “precoz interés filosófico” y sus lecturas mayores de aquellos años: Ortega, Freud, Spengler, Bergson, Simmel, en este preciso orden recordadas, con Ortega a la cabeza, a lo que añade que “apenas nos conocimos –dice– nos inició en los secretos de la *Revista de Occidente*”¹⁵, un dato revelador, sin duda, pues testimonia cómo el joven Millas no sólo seguía la obra de Ortega por sus libros, esos libros que le habían convertido en uno de los pensadores con mayor prestigio internacional en la época (*La rebelión de las masas*, *El tema de nuestro tiempo*, *La deshumanización del arte*, etc.), sino también, y de manera acaso más importante, por lo que era su acción cultural –y filosófica, por supuesto, pero de una filosofía de carácter ensayístico que no se sentía separada ni del resto de la cultura ni, menos aún, de la vida– al frente de su famosa revista. El seguimiento y la lectura de *Revista de Occidente* fue signo distintivo en aquellos años de una intelectualidad latinoamericana que se reconocía en sus propuestas de renovación cultural y, sobre todo, en la necesidad perentoria de buscar nuevos vínculos con la cultura española. Pero había más, y lo recuerda Oyarzún: era signo de modernidad. De una modernidad latinoamericana que miraba a Europa, sin duda, pero que había convertido Madrid y Barcelona en ciudades tan imprescindibles como París o Londres.

Ortega iba a volver a Chile pocos años después de aquel su único viaje. No él en persona, desde luego, sino su espíritu y su pensamiento. E iba a llegar en el equipaje intelectual de los exiliados republicanos de la Guerra civil española. Es muy conocida la llegada del Winnipeg al puerto de Valparaíso el 3 de septiembre de 1939 con más de dos mil españoles a bordo¹⁶. Hubo muchos otros barcos, desde luego, pero en la memoria del Winnipeg ha quedado recogido el simbolismo de

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Gálvez, J. *Winnipeg. Testimonios de un exilio*, Sevilla, Renacimiento, 2014. Véanse también: Garay Vera, C. *Relaciones tempestuosas: Chile y España 1936-1940*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2000. Y, Sapag Muñoz de la Peña, P. *Chile, frente de combate de la guerra civil española. Propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo*, Valencia, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003.

todo aquello. Del exilio, sin duda, pero también del nuevo inicio al que obliga toda derrota.

Chile —no está de más recordarlo— fue escenario de un gran despliegue de movilizaciones en favor de la causa republicana¹⁷. Primero como apoyo cultural durante la guerra y sucesivamente como apoyo logístico y material a los exiliados que recalaban en tierras chilenas. El gobierno de Aguirre Cerda brindó un consistente apoyo institucional a la República española y en el seno del Frente Popular se creó en propósito el Comité Chileno de Ayuda a los Refugiados Españoles. El papel de Pablo Neruda al respecto fue similar al jugado por Alfonso Reyes en México: ambos habían vivido en España y en España habían desarrollado una intensa labor literaria e intelectual perfectamente integrados en la vasta red de relaciones del campo cultural hispánico. Sus desvelos fueron a todas luces ingentes y con su acción de diplomacia cultural lograron crear un clima de favorable acogida para los exiliados españoles¹⁸. A ello hay que añadir, por lo que hace a nuestro caso, además, que el joven Millas de estos años se presenta en público como poeta. Como poeta y no como filósofo (ya queda dicho atrás que sus dos primeros libros fueron de poesía y que su nombre figuraba en una importante antología de la época¹⁹). Conviene insistir en ello porque esa joven generación de poetas chilenos

¹⁷ Barchino, M. & Cano Reyes, J. *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calabur, 2013.

¹⁸ Conviene notar que Neruda y Reyes son en todo esto meras puntas de un ingente iceberg que generalmente permanece oculto: se trata, en efecto, de personalidades que se alzan con la representación de uno o varios movimientos de apoyo a la República española y a los exiliados españoles, pero en modo alguno puede reducirse la labor llevada a cabo en el campo cultural chileno o mexicano a lo por ellos realizado y/o representado. Su protagonismo y su visibilidad no se entienden sin la acción múltiple y variada de un sinnúmero de compañeros de viaje que, como ellos, con la misma dedicación y el mismo empeño, pero con menor visibilidad, se movieron y actuaron sintiéndose personal y colectivamente implicados en la Guerra de España.

¹⁹ Lago, T. *8 nuevos poetas chilenos (Antología)*, Santiago, Universidad de Chile, 1939. La edición estuvo a cargo de Tomás Lago, quien curiosamente, diez años atrás, había llevado a cabo una *Entrevista a Ortega* en ocasión de su viaje a Chile en 1928 (dicha

estuvo profundamente marcada por la Guerra de España y por el magisterio poético de Federico García Lorca: ambos, la Guerra y Lorca, fueron señas de identidad de su quehacer generacional como poetas. Lo recuerda Luis Oyarzún en el artículo antes citado:

Era el año 1936. De pronto sobrevino algo que vino a romper [...] y a cambiar considerablemente el destino de la literatura y de la historia: la Guerra civil española. Los que tienen hoy menos de treinta años [en 1958] apenas si podrán imaginar el efecto que aquel hecho produjo en todo el mundo, y especialmente entre los escritores latinoamericanos. Aun a los más jóvenes nos obligó a un examen de conciencia y a una toma de posición. [...] La guerra de España, que después se convertiría en la guerra del mundo, nos hizo vivir concretamente el hecho de la solidaridad humana y nos reveló los deberes civiles que pesan sobre el artista²⁰.

No es cosa de poco, y desde luego no puede desatenderse el impacto de todo ello en el joven poeta que era Jorge Millas, autor, por lo demás, de un título que no dejaba al respecto lugar a dudas, *Homenaje poético al pueblo español*.

Ahora volvía Ortega a Chile en el equipaje de los vencidos. En sus maletas de fortuna, sobre todo entre el bagaje intelectual con el que se salía de España al final de la Guerra civil, pues el orteguismo —es un dato que conviene no olvidar— había dominado el campo cultural español durante las dos últimas décadas. De la labor intelectual de aquellos españoles exiliados en Chile cabe señalar la creación en 1942 de la editorial Cruz del Sur²¹: su director, Arturo Soria, fiel a una idea de integración de clara inspiración orteguiana, iba a llamar a colaborar activa y conjuntamente a intelectuales españoles y chilenos: José Ricardo Morales, Mauricio Amster, José Ferrater Mora, José Santos Vera, Manuel Rojas, Mariano Latorre, Pedro Prado, Ricardo Latchman, Juvencio Valle, etc. Cabe señalar, en este contexto, la

entrevista iba a publicarse en los primeros meses del año siguiente en la *Revista de Educación*).

²⁰ Oyarzún, L. “Crónica de una generación”, pp. 131-132.

²¹ Escalona Ruiz, J. “Una aproximación al exilio chileno: la editorial Cruz del Sur”. En: M. Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939*, vol. I, Sant Cugat del Vallès, Cop d’Idees & GEXEL, pp. 367-378.

vinculación del joven Millas con aquella España peregrina, derrotada, tal vez humillada. Una vinculación poética de la que su primer libro da fiel testimonio, pero también una vinculación ética e intelectual, como ponen de manifiesto repetidamente sus primeros escritos y sus tomas de posición de aquellos años. Como nota al margen, tampoco cabe descartar que Millas llegara a conocer a María Zambrano, acaso la mejor discípula de Ortega, a la sazón en Chile en 1937 acompañando a su marido, quien trabajaba en la Embajada de España. Pero de lo que no cabe duda es del conocimiento y amistad entre Jorge Millas y José Ferrater Mora, un importante filósofo español del exilio, el autor del famoso *Diccionario de Filosofía*, quien llegó a Chile procedente de Cuba en 1941 e iba a quedarse hasta 1947. Ferrater se había formado en Barcelona, precisamente con Joaquín Xirau, considerado, con razón, como uno de los mejores representantes del orteguismo en Cataluña. Ferrater en Chile lleva a cabo una intensa actividad cultural: escribe y publica varios libros, dicta cursos en distintas Universidades, se desempeña como traductor, escribe en la prensa y, sobre todo, dirige dos colecciones en la mencionada editorial Cruz del Sur. Escribió además una importante reseña al primer libro de Millas, publicada en la revista *Atenea* a los pocos meses de la aparición del libro, y él mismo se encargaría años después de acoger a Millas como una de las voces de su *Diccionario de Filosofía* (la entrada de Millas se incorpora en la edición de 1967).

En Chile Ferrater publica un libro sobre Unamuno (*Unamuno: bosquejo de una filosofía*, 1944) y empieza a trabajar en otro sobre Ortega que aparecerá más tarde, cuando ya estaba en Estados Unidos (*Ortega y Gasset: etapas de una filosofía*, 1957). Publica también, durante sus años chilenos, *España y Europa* (1942), *Las formas de la vida catalana* (1944), *Variaciones sobre el espíritu* (1945) y *La ironía, la muerte y la admiración* (1946). Iván Jaksic destaca su labor docente en la Universidad de Chile y señala su contribución a lo que llama el “crecimiento de la especialización filosófica”²². Se señala todo esto, vinculándolo

²² Jaksic, I. *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2013, p. 188.

además con el Millas de aquellos años, porque resulta necesario entender claramente el tipo de orteguismo que se desarrolla en Chile en la década de los años 40, muy distinto del que después, a partir de los años 50 y sobre todo de los 60, iba a llegar con Francisco Soler Grima y se iba a desarrollar bajo su importante magisterio universitario. El orteguismo de Millas es el de Ferrater Mora, el que Ferrater de alguna manera sintetiza en su libro de 1957, pero en el que ya trabajaba en Chile y en cuya gestación seguramente participó Millas como seguro confidente (del mismo modo que hubo de hacer Ferrater Mora con relación al primer libro de Millas).

El Ortega de Francisco Soler, con el que Millas iba a encontrarse en Chile a su regreso de Estados Unidos y Puerto Rico, es bien distinto del de Ferrater y quedó sintetizado en su libro de 1965 titulado *Hacia Ortega: el mito del origen del hombre*. La principal diferencia estriba en la relación que ambos, Ferrater y Soler, establecen con Heidegger: Soler hace una lectura heideggeriana de Ortega, lectura, por lo demás, que es la que se ha instalado en la academia chilena y que aún hoy sigue siendo dominante (lectura reforzada, además, por la labor llevada a cabo en el Chile de aquellos años por la figura de Ernesto Grassi, quizá el más agudo y brillante de los discípulos de Heidegger), mientras que el Ortega de Ferrater –como el de Millas– es mucho más neto y tajante en la separación e incluso contraposición con Heidegger, y no sólo en la orientación que cada uno de ellos daba a sus temas, sino, sobre todo, en la forma que imprimían a su filosofar: Ferrater y Millas prefieren, claro está, el carácter ensayístico de Ortega a la sistematicidad de Heidegger, pues veían en el ensayo una de las vías de la filosofía del futuro²³. Millas no fue nunca heideggeriano, lo cual, en el contexto chileno de entonces, no iba a ser

²³ Lo curioso del caso chileno es que si bien, por un lado, el Ortega que se instala en la Universidad es el de Francisco Soler, un Ortega que “compite” con Heidegger, por otro, el Ortega difuso entre las clases ilustradas ajenas a la profesionalización de la filosofía, fue más bien el otro, el Ortega ensayista que Ferrater y Millas habían acogido como modelo y cuya característica más importante era la del esfuerzo de pensar el propio tiempo y de hacer de la filosofía un lugar de indagación de los problemas reales del hombre contemporáneo.

precisamente fácil, y esto es algo que –creo– es muy de agradecer en Millas: no ser heideggeriano cuando todos lo son o iban a serlo, mantener su autenticidad filosófica al margen y levantar su obra tal vez en contra de esa corriente dominante que las más de las veces daba un rédito académico mayor de los méritos aportados.

A los pocos meses de la publicación de su primer libro (un libro extraordinario²⁴, programático, sin duda, acaso como lo fue el primero de Ortega, *Meditaciones del Quijote*), el joven Millas salía de Chile con su esposa y una exigua beca con destino a Estados Unidos para ampliar estudios en la Universidad de Iowa. En Estados Unidos permaneció hasta 1952, fecha en que volvería a Chile y se incorporaría a la vida académica chilena. Primero en Iowa como estudiante y después, como profesor visitante o contratado, en Puerto Rico y Nueva York. De su itinerario norteamericano cabe destacar su paso por Puerto Rico y su labor dentro del Recinto de Río Piedras de su Universidad. Puerto Rico era, en efecto, uno de los centros más importantes del orteguismo del exilio. Por allí pasaron Fernando de los Ríos, que no era orteguiano pero a quien muchos orteguianos estaban vinculados, María Zambrano, José Gaos, Francisco Ayala, Julián Marías, Antonio Rodríguez Huéscar, etc. Esto por lo que se refiere a la filosofía, porque en el plano de la literatura habría que añadir a Juan Ramón Jiménez y a Pedro Salinas, entre otros muchos, sin olvidar, claro está, al pionero Federico de Onís. Es decir, que la Universidad de Puerto Rico era un importante centro del orteguismo en el exilio y que en ese ámbito y clima espiritual pasó Jorge Millas cinco años, de 1946 a 1951. Un orteguismo, el de

²⁴ “Ahí [en *Idea de la individualidad*] adquiría cuerpo conceptual mucho de lo que había sido sustancia disparatada de nuestras discusiones, a la luz de Bergson, Scheler y Husserl. Analizaba gravemente la situación del hombre contemporáneo y los problemas fundamentales de la cultura, con un dominio de lenguaje y un rigor intelectual que, aun a esta distancia [la de 1958], nos impresiona como excepcional entre nosotros. Sólo la dispersión frívola que afecta a la vida de nuestras clases intelectuales –y nuestra indiferencia por cierto género de publicidad– puede explicar el hecho raro de que este libro incitante sea hoy poco menos que desconocido”. Oyarzún, “Crónica de una generación”, pp. 135-136.

Puerto Rico, más cercano al que antes hemos identificado como de Ferrater y Millas y distante también del que iba a representar después Francisco Soler en Chile.

La presencia del pensamiento orteguiano y el desarrollo del orteguismo tienen en Puerto Rico tres pilares fundamentales, tres columnas que los sustentan con su decidida acción cultural y docente: Federico de Onís, Jaime Benítez y Francisco Ayala. El de Puerto Rico es, pues, un orteguismo republicano y liberal. El salmantino Federico de Onís llegó a Puerto Rico en 1926 y al año siguiente se hizo cargo de la dirección del recién creado Departamento de Estudios Hispánicos. Fue discípulo de Unamuno, pero su horizonte intelectual estuvo desde temprano dentro del grupo generacional que lideró Ortega. La labor intelectual de Onís como profesor de literatura es perfectamente coherente con el ideario reformista de la Generación del 14, con su europeísmo y con su apertura al estudio de la cultura española desde criterios científicos.

De Jaime Benítez cabe recordar que fue el primer autor que hizo una temprana tesis doctoral sobre Ortega y Gasset en Estados Unidos, concretamente sobre las ideas políticas de Ortega. Su acción al frente del rectorado de la Universidad de Puerto Rico fue un claro intento de aplicación práctica de libro *Misión de la Universidad* de Ortega. Así lo reconocía él mismo y así lo reconocieron muchos de aquellos españoles exiliados que trabajaron allí. En las numerosas cartas de Benítez a Ortega siempre, de manera reiterativa e incansable, le participa su admiración y su interés en que visitara Puerto Rico. Las circunstancias no lo permitieron, pero no cabe duda de que Benítez no dejó pasar ninguna de las ocasiones que la vida le brindó para invitar a los compañeros de generación de Ortega y sobre todo a sus discípulos.

El granadino Francisco Ayala llega a Puerto Rico en 1950, tras más de una década de exilio en Buenos Aires. En Río Piedras se iba a hacer cargo hasta 1958 de la cátedra de sociología así como de la dirección de la editorial universitaria. Fue, además, el fundador de la revista *La Torre*, un claro ejemplo de revista que seguía de cerca el modelo orteguiano de *Revista de Occidente*. Acaso sea Ayala el intelectual orteguiano más importante del exilio: su obra supone un desarrollo

coherente del orteguismo por caminos que ya iban decididamente más allá del propio Ortega.

En Puerto Rico Millas recibe el espaldarazo definitivo que lo vinculará para siempre al orteguismo. Al orteguismo entendido como *koiné*. En efecto no se trataba sólo de las ideas ni de los temas a los que se prestaba atención filosófica, aunque también, y tampoco se trataba sólo de ese modelo de filosofar impulsado por Ortega como signo de renovación filosófica, que también, desde luego, sino que había más, y era algo que tenía que ver sobre todo con el desarrollo de un trabajo filosófico a partir de una lengua común, con unos conceptos y categorías clave que iban a vertebrar las posibilidades de una filosofía en español que había dejado de sentirse secundaria. En Puerto Rico Millas publica varios artículos en la revista *Asomante*, un libro de honda huella orteguiana, *Goethe y el espíritu de Fausto* (1949) y los dos volúmenes del manual antológico de lecturas titulado *Curso básico de humanidades* (1951). También empieza a trabajar en el que será su gran libro de regreso a Chile: *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962), un libro que ya desde su mismo título reclama su vínculo orteguiano y se coloca como un más que pertinente desarrollo y acomodación de la teoría social del Ortega de los años 20 y 30 al contexto sucesivo de la reconstrucción del orden mundial tras el desastre de la peor de las guerras mundiales.

Así las cosas, bien puede decirse que Puerto Rico fue para Millas el lugar de su definitiva conversión al orteguismo. Una conversión que advino naturalmente en la paciencia de un itinerario intelectual y vital desarrollado en grados sucesivos. Y con aquella luz ganada bajo el sol caribeño iba a volver a Chile, en algo que se nos antoja como el gesto del prisionero liberado de regreso a la caverna platónica.

REFERENCIAS

- Barchino, M. & Cano Reyes, J. *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calabur, 2013.
- Campomar, M. *Ortega y Gasset en «La Nación»*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2003.

- Campomar, M. *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- Escalona Ruiz, J. "Una aproximación al exilio chileno: la editorial Cruz del Sur". En: M. Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939*, vol. I, Sant Cugat del Vallès, Cop d'Idees & Gexel, pp. 367-378.
- Gálvez, J. *Winnipeg. Testimonios de un exilio*, Sevilla, Renacimiento, 2014.
- Garay Vera, C. *Relaciones tempestuosas: Chile y España 1936-1940*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2000.
- Hurtado, M. E. *Jorge Millas: la alegría del pensar. Una biografía*, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2018.
- Jaksic, I. *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2013.
- Lago, T. *8 nuevos poetas chilenos (Antología)*, Santiago, Universidad de Chile, 1939.
- Martín, F. J. "Conciencia lingüística y voluntad de estilo en Ortega", *Revista de Filosofía*, n. 23, 1998, pp. 55-77.
- Martín, F. J. "Filosofía y literatura en Ortega (Guía de perplejos de filosofía española)". En: J. Zamora Bonilla (ed.), *Guía de Ortega y Gasset*, Granada, Comares, 2013.
- Martín, F. J. "Pensar desde la lengua (A propósito del paradigma de la «tradición velada»)", *Revista de Occidente*, n. 394, marzo 2014, pp. 5-19.
- Martín, F. J. *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Medin, T. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Millas, J. "Carta a José Ortega y Gasset", *Revista de Estudios Orteguianos*, n. 36, 2018.

- Millas, J. "Carta a José Ortega y Gasset". *Atenea. Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes*, año XIV, tomo XXXVIII, n. 147, septiembre 1937, pp. 561-573.
- Millas, J. *Idea de la individualidad*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009.
- Molinuevo, J. L. "Ortega y Argentina: la modernidad alternativa". En: *Ortega y la Argentina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 95-108.
- Oyarzún, L. "Crónica de una generación". En *Temas de la cultura chilena*, Valdivia, Chile, 2016.
- Sánchez, C. *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Santiago, Ediciones LOM, 1992.
- Sapag Muñoz de la Peña, P. *Chile, frente de combate de la guerra civil española. Propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo*, Valencia, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003.
- Steiner, G. *Presencias reales*, Madrid, Siruela, 2017.
- Urrutia Ahumada, S. "Jorge Millas Jiménez (1917-1982). Estudio bio-bibliográfico", *Mapocho*, n. 63, 2008, pp. 357-384.